

su ambición, cuando al ver la insuficiencia de la milicia urbana para resistir á las fuerzas de la nobleza, no titubeó en hacer nombrar capitán general á Oberto Pelavicino de Cremona, jefe de los gibelinos y fautor de los herejes, investido ya con la capitania de Brescia, Novara y Placencia. Este socorro levantó la facción popular, que trató de fortificarse, aun haciendo elegir por arzobispo á Raimundo, pariente de Martín. Opusieron los nobles á ello con todo su poder, proclamando á Huberto de Settala; mas para evetar el cisma Urbano IV nombró para aquella sede al canónigo Oton Visconti, quien sostuvo la campaña con apo-

esto es, cuando el modio de mezcla valiese mas de treinta y dos sueldos, se pudiera ir á buscarlo á los graneros y despensas de los eclesiásticos, y llevar á Milan lo que les sobrase después de satisfechas sus necesidades.

Los podestás presentes y futuros harían reparar los caminos, é impedirían que se recaudasen contribuciones ni otras gabelas en mayor cantidad de la acostumbrada. Los pretores estarían obligados á hacer que el ofendido por razón de los robos verificados en el radio de cuatro millas de Milan quedase cumplidamente satisfecho. Los capitanes y valvasores consentirían en la concesión hecha por la venerable memoria del arzobispo de Leon al pueblo de Milan de la dignidad de la iglesia mayor, siendo los ordinarios indemnizados del daño que habían sufrido por causa del pueblo, daño que se apreciaría por sacerdotes de buena fama, comisionados al efecto. Se determinó establecer síndicos á fin de pedir al pontífice la concesión antedicha, los cuales en una mitad fuesen capitanes y valvasores, y en la otra hombres del pueblo, Compañía y Cofradía; que en su compañía, como neutral, fuese Guiscardo de Pietrasanta, y que ningún ordinario pudiera oponerse á las cosas mencionadas.

Martín de la Torre y sus agnados, Landolfo Crivello y Danese su hijo, Gaspar de Birago, y todos los capitanes y valvasores que estaban coligados con el pueblo, podrían volver, si tal era su gusto, á la parte de los capitanes y valvasores, y esta compañía tendría obligación de recibirlos, no pudiéndolos imponer ninguna carga porque hubiesen estado con la plebe, aunque sí debían pagar los tributos atrasados y los actuales. Que los castillos de particulares no fuesen molestados por el concejo de Milan, sino conforme á la voluntad del consejo general; que las aldeas y ciudades tuviesen facultad de elegir el regidore en los puntos dependientes de Milan ó su distrito, entendiéndose de los que no se hallasen sometidos ordinariamente al podestá de Milan, con tal que ninguno menor de veinte años interviniese en tal elección, la cual debía durar sólo un año, sino en el lugar que le estuviese directamente sometido.

Que en la ciudad hubiese seis trompetas, tres por el pueblo, Parte de Rivolta, el Rojo de Rivolta y Pedro Rizzolo, pudiendo éstos nombrar los otros tres por la parte de los capitanes y valvasores. Que la restitución de los daños de una y otra parte se sometiese á la deliberación del consejo, á fin de que fuesen satisfechos con la debida igualdad, tanto respecto de la suerte, como del daño. Que ambas partes se perdonasen recíprocamente toda injuria, á no ser que alguno poseyese una cosa sin derecho; que todo diezmo ó deuda se pagase según el uso del país, perpétuamente, y se mantuviese en favor de la Corte Romana, etc. *CORIO, Historia de Milan, II, 114.*

yo de los nobles, sus pares, y se apoderó de varios castillos.

Martín murió prematuramente (1263), y habiendo obtenido su hermano Felipe la autoridad, la defendía con las armas. Se le entregó Como por influencia de los Vitani; Lodi, Novara, Verceli, Bérgamo, siguieron este ejemplo, la Valtelina se vió precisada á ello. Pero trataba de disimular los progresos de su poder, hasta el punto de hacer investir á Carlos de Anjú con el señorío de Milan (1265). Sucedióle Napoleón bajo la denominación de Anciano perpétuo; y así fué como los Torriani obtuvieron la autoridad suprema sin buscar el título.

Al revés de otros tiranos, permanecieron fieles al partido güelfo; y de esta manera las victorias de los angevinos se volvieron en ventaja suya. Después, cuando á la aparición de Conradino, los partidarios del Imperio levantaron de nuevo la cabeza, y cuando Oberto Pelavicino y Buoso de Dovara amenazaron renovar los tiempos de Federico y Ezelino, Milan hizo á las otras ciudades un caluroso llamamiento (1267), y volvió á anudar la liga lombarda. Entonces Verceli, Novara, Como, Ferrara, Mantua, Parma, Vicenza, Pádua, Bérgamo, Lodi, Brescia, Cremona, Placencia, se unieron con ella y con el marqués de Este y el de Monferrato, que fué nombrado jefe de la confederación.

Murió Pelavicino dejando opulenta á su familia, pero no soberana; Dovara acabó sus días sin haber adquirido riquezas ni poder, al paso que Napoleón seguía siendo señor de Milan. Apoyado por Raimundo, su primo, patriarca de Aquilea, asalarió tropas (1274), con las cuales contuvo á los nobles, á quienes venció varias veces, y güelfo como era, se hizo nombrar vicario por el emperador Rodolfo de Habsburgo; resistió al papa y al arzobispo Oton Visconti sin dejarse seducir por los favores ni intimidar por las excomuniones.

Menos constante que él, el marqués de Monferrato se hizo capitán del partido gibelino, y ganó á su causa á Pavia, Asti, Como y á los fugitivos de Milan. Estos últimos habían tomado por centro de operaciones á Como, y por jefe á Oton Visconti, que excluido del arzobispado, intrigaba y daba batallas en las llanuras y lagos que hacen de la alta Lombardia un delicioso país. Al fin dió tan acertado golpe, que sorprendió á los Torriani en Desio; encerró á Napoleón con sus parientes en jaulas de hierro en el castillo Baradello de Como (1277), y se hizo proclamar señor perpétuo de Milan. Desde entonces la más considerable de las repúblicas lombardas se convirtió en un principado, que los Visconti, ayudados por la fortuna, tuvieron el arte de hacer hereditario y estender por toda la Lombardia, desposeyendo á los pequeños señores que habían surgido en cada ciudad, ó heredando su patrimonio.

La Romana.—La elección de Rodolfo de Habsburgo al imperio, había, como hemos visto, consolidado el poder temporal de los pontífices. Elevado

al trono sin esperarlo, sin tener posesiones ni intereses en Italia, cuya geografía ignoraba y donde no tenía ningún derecho que ejercer, no estando aun coronado, y deseoso más bien de asegurar la grandeza de su familia, concedió al papa todas sus peticiones fuesen ó no justas. De esta manera fué como le confirmó la posesión de todo el país desde Radicofani hasta Ceprano, y además la Emilia, la Marca de Ancona, el Pentápolis, los antiguos dominios de la condesa Matilde, Espoleto, el condado de Bertinoro, Massa, y todo lo que había sido concedido por diploma á San Pedro y sus sucesores (9). Así adquirió el Estado Pontificio la extensión que tuvo hasta ahora; y los derechos de soberanía dejaron de dividirse entre los papas y los emperadores, ó sus vicarios y condes. Pero la soberanía pontificia no consistía más que en una supremacía de dignidad, que no daba al papa casi ninguna autoridad sobre las ciudades gobernadas por concejos, ni sobre los señoríos comprendidos en el territorio, y que procedían ya de la nobleza indígena de Roma y Rávena, ya de las capitánias extranjeras, ya de las alianzas y parentescos con los papas. Las ciudades y señoríos continuaron como independientes, poniéndose algunas veces en hostilidad hasta con la Santa Sede, sin ningún lazo entre ellas, y no distinguiéndose de los demás países de la Italia sino porque se resentían de las vicisitudes de la Iglesia.

En la misma Roma, aunque Inocencio III reservó al pontífice el derecho de confirmar la elección del senador; y aunque Nicolás III estableció que este dignatario no podía ser extranjero, ni permanecer funcionando más de un año, sin embargo, el gobierno y su presidencia eran presa de las facciones y de las familias dominantes de los Colonnas, Orsini, Savelli. El poder de los papas se aumentaba ó disminuía, según fuera el mejor éxito para los Güelfos ó Gibelinos en el resto de Italia. El advenimiento de Carlos de Anjú valió á la Santa Sede la restitución de Benevento. En varias ocasiones se vieron forzados los pontífices á residir fuera de Roma, principalmente en Viterbo y en Orbiato; y con objeto de proporcionarse un apoyo, elegían por senadores á los reyes que iban á Italia, ó concedían este honor á otros personajes poderosos; pero éstos eran peligrosos amigos.

El papa nombraba también al conde de la Romana, que dependía del legado pontificio; pero esto no impedía que los concejos se engrandeciesen en este país, ni que se arraigaran las tiranías. Rica y gloriosa Bolonia por su universidad, se gobernaba libremente desde el principio, y los consules de mercaderes habían tenido entrada en el grande y el pequeño consejo: en cambio las artes y los oficios no alcanzaron á ser representados hasta 1228. Entonces no sólo pretendieron ser partícipes del gobierno, sino independientes, y que de sus intere-

ses decidieran jefes propios sin la intervención de otros miembros del consejo. Los carniceros hicieron pasar esta medida á viva fuerza (1245), y así se halló la república dividida en dos Estados, el concejo y las artes, cada cual con su sello particular y sus asambleas distintas. De aquí resultó que el podestá del concejo y el capitán de las artes se hallaban en perpétuo conflicto; pero al fin prevalecieron las artes, é instituyeron (1321) un gonfalonero de justicia, cuyas funciones duraban un mes: debía ser elegido por riguroso turno en cada una de las artes, con dos adjuntos de los oficios y uno del concejo, es decir, de la nobleza.

La Toscana.—El territorio florentino estaba dominado por señores extranjeros; y para hablar sólo de los principales, bastará recordar que eran lombardos los marqueses de Lunigiana, los condes de Guido y los de la Gherardesca; y francos los marqueses de Uberto, y los del monte de Santa Maria, y los condes de Alberti del Vernio, los Aldobrandeschi, los Scialenga, los Pannochieschi, los condes de la Bevardenga, los de la Ardenghesca, y así de los restantes (10).

Bajo la fuerte dominación de los marqueses Bonifacio no había podido hacerse libre la Toscana, como las ciudades de Lombardia; pero cuando cesó este obstáculo á la muerte de la condesa Matilde (1115), se suscitaron los debates con motivo de su herencia entre los pontífices y los emperadores, lo cual ofreció á los concejos la ocasión de emanciparse: apoyándose tan pronto en unos como en otros, adquirieron privilegios, ó los usurparon durante la lucha (11). Federico II, heredero del último duque Felipe de Suabia, hermano de Barbaroja, colocó allí vicarios; pero su autoridad declinó de día en día hasta tal punto, que se vieron obligados á encerrarse dentro de alguna plaza fuerte (12).

Supremacía de Florencia.—Florencia, aunque engrandecida, parece que quedó inferior á Pisa por la facilidad del comercio, y á Fiésole por su situación. Aquella ciudad, resto de las que los etruscos fundaron coronando las alturas itálicas, es mencionada por Cicerón por el gran lujo y sus excesivos gastos en las mesas, y por haber en sus alrededores deliciosas granjas, numerosa población y suntuosas fábricas. Había convertido en baptisterio un magnífico resto de antigüedad pagana, y construido una catedral, adonde el obispo Jacobo de Baviera había trasladado en 1208 las reliquias de san Rómulo, patrono de la ciudad; y desde aquella posición elevada, las familias patricias amenazaban á los habitantes de la llanura. Pero había llegado la hora en que éstos prevalecieron sobre

(10) RIPETTI, App. al *Diccionario geogr.*

(11) Se hallan consules en Luca en 1124, en Volterra en 1144, en Siena en 1145, etc. Pisa los tenía ya en el 1094.

(12) Como Sanminiato al Tedesco.

(9) *Rodulphi, Epist.*, ap. Rainald, 1278, pág. 294.

aquella; y Florencia se preparaba á la libertad, que debía conservar después por largo tiempo y amar sobremanera. Allí se celebró la primera asamblea general del pueblo en 1105, por obra del obispo Ranieri; y la primera expedición de los florentinos de que se haya conservado memoria es la que hicieron contra Roberto, vicario imperial (1113), quien apostado en Montecasoli, castilleja de los condes Cadolingi, no cesaba de molestarlos, hasta que éstos le desalojaron de su guarida y le quitaron la vida.

Arrastrada por Pisa á una guerra contra Luca, aprendió Florencia á conocer sus fuerzas, y las empleó en avasallar á los nobles de sus cercanías, derribando sus castillos, que ponían embarazos al comercio ó daban abrigo á los prepotentes (13), obligó á las antiguas familias nobles á bajar de la amenazadora Fiésolle (14) y construyó nuevas aldeas para los ya libres campesinos, atrayéndolos al mismo tiempo con franquicias que les concedió. Algunas familias sostuvieron en sus castillos una especie de soberanía local, como los Pazzi en el Valdarno, y los Ricasoli en el Chianti: las menos poderosas y más próximas se apresuraron á habitar en la ciudad, como los Cherchi y los Buondelmonti, y también los Guidos que habían estado unidos en una coalición, causa de continuas guerras intestinas; y hubo también otras que se hicieron poderosas en la ciudad con el tráfico, como los Mozzi, los Bardi y los Frescobaldi, que alguna vez se vieron también acometidos en sus casas, como otros lo fueron en sus castillos.

En todos los concejos de Toscana encontraría igual diversidad quien la buscara. La situación y el carácter de los habitantes contribuyeron á mantener en Florencia las costumbres simples y sencillas descritas por Dante y Villani, que han exagerado sin duda, aunque sobre un fondo verdadero. Cuando los pisanos dirigieron todas sus fuerzas contra las islas Baleares, ofrecieron velar los florentinos por la seguridad de su ciudad durante su ausencia: luego á su vuelta reclamaron de ellos por todo galardón dos columnas de pórfido; y el salario y el servicio hablan con elocuencia suma respecto de esta época á la vez *sóbria y púdica*. Florencia acrecentaba su prosperidad de este modo, y sus ciudadanos vivían pacíficamente cuando la

(13) En 1197 compró el castillo de Monte Grossoli en Chianti; en 1199 destruyó el de Frondillano, y después de largo asedio á Semifonti, el castillo de Combiata que se resistió al Concejo, y también á Malborgheto, en cuyo sitio edificó á Monte Lupo para tener en sujeción á los condes de Capraja; en 1220 destruyó á Mortennana, castillo de los Squarcialupi; y después los de Montaya, Tizzano, Fighine, Poggibonzi, Vernia y Mangona. De este modo ocasionó la ruina de las familias de los Ubaldini de Mugello, de los Ubertini de Gaville y de los Alberti de Mangona, Certaldo y Pogna.

(14) No rechazamos completamente la narración de los cronistas, acerca del sitio de Fiésolle.

enemistad privada de dos familias (1215), los Buondelmonti y los Amidei, desarrolló allí el germen fatal de las facciones güelfa y gibelina, cada una de las cuales expulsaba á su vez á sus adversarios, y celebraba alianza, ora con las otras ciudades, ora con los castellanos que profesaban sus mismas opiniones.

Gobierno güelfo.—Durante el imperio de Federico II (1248) los Uberti, familia gibelina, prevalecieron, é impidiendo el comercio de Florencia, que se arruinaba visiblemente, expulsaron á los güelfos de la ciudad y de los castillos, y establecieron un gobierno aristocrático, oneroso al pueblo y á los ciudadanos libres. Estos, por tanto, resistieron, y habiéndose reunido en la plaza de Santa Cruz (28 octubre 1250), formaron una confederación bajo el nombre del *pueblo*, aboliendo el poder de los nobles y sustituyéndole con un capitán, asistido por una señoría bimensual de doce ancianos, dos por *sextario*. La ciudadanía fué dividida en doce gonfalones, que formaban otras tantas compañías de milicia, y el campo se dividió en curatos ó parroquias, que sumaban noventa y seis. A una señal del capitán y al son de la martinela, toda la milicia debía reunirse en torno del carroccio, sobre el cual iba el gonfalon blanco y rojo. No quitaron los campesinos á los grandes más que el poder de hacer daño, abatiendo sus torres al nivel de cincuenta brazas, y sirviéndose de las piedras procedentes de esta demolición para levantar un muro al rededor del sextario del Arno. Entonces fué también cuando levantaron el palacio del podestá á modo de fortaleza.

Tan luego como Florencia, constituida así en república, supo la muerte de Federico, obligó á Pistoya, á Arezzo y á Siena á cambiar la bandera imperial por la suya; venció á Poggibonzi y á Volterra, cuyas murallas etruscas habían venido á ser refugio de los gibelinos, derrotó á los pisanos cerca de Pontedera; y en memoria de éste que tituló *año de las victorias*, acuñó la nueva moneda de oro de veinte y cuatro quilates, á que dió el nombre de *florin* (15).

Batalla de Montaperti, 4 setiembre de 1260.—No fueron menos venturosos para ella los años siguientes, pero los gibelinos, vivamente deseosos por recuperar su supremacía, pidieron socorro de tropas alemanas á Manfredo, ya proclamado señor de Siena. Este socorro permitió á Farinata de los Uberti poner á los güelfos en plena derrota en las gargantas de Montaperti, junto al Arbia. Aquella batalla fué uno de los acontecimientos más célebres en la edad heroica de las repúblicas italianas. Los sieneses se dispusieron para el combate ejecutando actos piadosos: «la gente empleó casi toda la noche en confesarse y reconciliarse. El que había recibido más grave injuria, buscaba

(15) Se componía de la octava parte de una onza de oro.

con más vivo anhelo á su enemigo para besarle en los labios perdonarle. Así se pasó la mayor parte de la noche.» (16) Las tropas se pusieron después en marcha; y «aquellas insignes mujeres que se habían quedado en Siena con el obispo y los clérigos, empezaron el viernes por la mañana temprano una solemne procesion, llevando todas las reliquias que había en la catedral y en las demás iglesias de Siena. De este modo iban visitando sin dejar nunca los clérigos de cantar salmos divinos, letanias y oraciones: las mujeres descalzas y vestidas miserablemente, dirigían continuas súplicas á Dios rogándole las unas que preservase de la muerte á sus padres, las otras á sus hijos, éstas á sus hermanos, aquéllas á sus maridos; y todas iban en la procesion vertiendo abundantes lágrimas é implorando siempre á la Virgen María. Así pasaron todo el viernes, no habiendo comido nada durante el día. Al anochecer, volvió la procesion á la catedral, y allí se arrodillaron todas, permaneciendo en esta posición mientras que se dijeron las letanias, acompañadas de muchas oraciones.» (17) Bajando las tropas de la colonia, enderezaron el paso á la llanura, donde presentándose ante todos el caballero franco maese Arrigo de Astimberg, saludó al capitán y á los demás, y dijo: «Todos los de nuestra casa tenemos el privilegio concedido por el sacro Imperio, de ser los primeros servidores en cualquier batalla en que tomemos parte. A mí por tanto me pertenece hoy el honor de nuestra casa; y os ruego que consintáis gustosos en ello.» Su petición le fué otorgada, como era de justicia (18).

Los sieneses y los emigrados vencieron, habiéndose apoderado del carroccio de Florencia, que arrastraron hácia atrás con grandes muestras de alegría; pero como los gibelinos encarnizados propusieron destruir á Florencia, el magnánimo Farinata les declaró que había entrado en su confederación, no para derrocar la ciudad, sino para conservarla victoriosa. Esta proposición puede dar idea del furor del partido gibelino que castigó, sujetó á rescate y reformó la constitución en sentido imperial.

La masa güelfa.—Pero á la llegada de Carlos de Anjú volvieron á anudar los güelfos sus inteligencias con el papa, quien les dió la bandera del

águila roja en campo blanco con la serpiente verde debajo; bandera que quedó siempre como insignia de la *masa güelfa*, como se llamó á un magistrado que, después de la victoria de esta facción, estuvo encargado de administrar los bienes confiscados á los gibelinos contumaces (19).

Estas alternativas multiplicaban las animosidades, las confiscaciones, los padecimientos; pero al propio tiempo ellas mantenían la vida y la audacia que hacia emprender grandes cosas. En un país como la Toscana, cuya riqueza consistía en el comercio, á menudo eran los mercaderes los únicos sobre quienes pesaban las cargas públicas: ellos eran quienes suministraban dinero á los nobles para encumbrarse, y al infimo pueblo para comprar á los propietarios los frutos de sus tierras. Se animaron pues no sólo á querer tomar parte en el gobierno, sino también á escluir de él á los propietarios, y fué establecida la señoría de seis priores, presidida por un gonfalonero (1282-92). Debían pertenecer á un arte, y por esto se hacían matricular allí los nobles y las familias de los señores que aspirasen al gobierno. Pero acostumbrados los nobles á sostener sus pretensiones con las armas en la mano, no sabían resignarse á estar bajo el yugo de la ley; hacían toda clase de injurias á los ciudadanos, y cuando alguno de ellos había cometido un delito, todos sus parientes se presentaban bien armados para sustraerlo á la justicia. De aquí provino que á cada ocasión se viese obligado el gonfalonero á llamar á la juventud á las armas para castigar á viva fuerza al delincuente (20).

Giano de la Bella.—A tal dignidad fué elevado Giano de la Bella, noble que se había puesto á la

(19) Este magistrado era independiente de la señoría y elegía por sí sus empleados y consejeros, redactaba los decretos y las leyes, recibía cartas y las enviaba á los otros Estados con su sello, é impedía que se admitiese ningún gibelino á participar de los honores ó de los beneficios del concejo. Por eso aquella *masa de los güelfos* ejerció tan grande influjo en los sucesos de Toscana; sobrevivió á la libertad como administración económica, y no fué abolida hasta el 22 de junio de 1769.

(20) «Muchos fueron castigados, según la ley, y los primeros á quienes alcanzó fueron los Caligay. Dos de ellos cometieron un desmán en Francia, respecto de dos hijos de un mercader estimado, que se llamaba Hugolino Benivieni; habiendo llegado hasta las injurias, uno de los Benivieni fué herido por uno de los Galigay y de resultas murió. Ahora bien, yo, Dino Compagni, siendo gonfalonero de justicia, en 1293, fuí á sus casas y á las de sus cómplices, y las hice demoler según las leyes. Este ejemplo trajo consigo para los demás gonfaloneros un inconveniente grave, atendido á que si demolían según los términos de las leyes, el pueblo decía que eran crueles, y que eran cobardes si no demolían por completo. Así muchos, por miedo del pueblo alteraron la justicia. También aconteció que un hijo del señor Buondelmonte cometió un crimen capital, y se le demolieron sus casas de tal modo, que fué luego indemnizado por ello.» DINO COMPAGNI.

(16) NICOLÒ VENTURA, *La derrota de Montaperti*.

(17) *Ibid.* Ventura refiere otros actos de piedad: «Hallándose así ocupados los sieneses, la mayor parte de la gente (florentina) vió un manto blanquísimo, que cubría todo el campamento de los primeros y la ciudad de Siena... Algunos dijeron que en su sentir era el manto de la Virgen María, que guarda y defiende al pueblo de Siena... En esto, habiendo visto el manto los del campamento de los sieneses y los de la ciudad de Siena, como iluminados por Dios se arrodillaron, exclamando con las lágrimas en los ojos: Virgen gloriosa, etc., etc. Y todos decían: Este es un gran milagro debido á las súplicas de nuestro obispo y de los santos religiosos.»

(18) *Cronicas* de VENTURA.

cabeza de los vecinos, «hombre viril y de gran valor, que defendía las cosas abandonadas por los demás, y que decía en alta voz lo que los demás callaban.» Hizo pesar principalmente su autoridad sobre la aristocracia; excluyó á perpetuidad de todo derecho cívico á treinta y siete familias patricias, y autorizó á la señoría para proceder lo mismo respecto de toda familia noble que incurriera en demérito.

La ordenanza.—Todo el que era notado de esta suerte, debía dar fianza de dos mil libras respecto de su conducta, y abstenerse de mostrarse en público en caso de tumulto. Le era prohibido poseer una casa vecina á un puente ó á una puerta de la ciudad; entablar apelacion de los juicios criminales; acusar á un plebeyo, á no ser por un delito cometido contra su persona ó contra un miembro de su familia; declarar como testigo contra un ciudadano sin el consentimiento de los priores, y por último, sus deudos hasta el cuarto grado, eran solidarios de las multas en que incurria. Indignados los nobles contra Giano, tanto más por considerarle como á un desertor, hallaron medio de hacerle sospechoso ante las corporaciones de las artes; y á su negativa «de destruir la libertad por una cobarde tolerancia,» le objetaron «las culpables acciones de los carniceros, hombres feroces y siempre mal dispuestos,» y la conducta de los jueces que hacían durar los procesos tres y cuatro años. Al querer reprimir estas quejas, fué expulsado de Florencia y murió en el destierro.

Prosperidad de Florencia.—Los nobles, obligados á someterse á la ley, se alejaban de la ciudad, y obraban como tiranuelos en los castillos situados en las alturas del Apenino, entre Luca, Módena y Bolonia. Entretanto la ciudad prosperaba. Contábase allí treinta mil hombres en estado de llevar las armas, y ochenta mil en su territorio: se pagaba muy poco, y cuando había necesidad de dinero, se vendían solares á los que querían construir casas: el recinto de los muros se había ensanchado hasta el punto de abarcar dentro el arrabal Borgognisanti y el Prato. Desde 1284 á 1300 construyó el portico (*loggia*) de los Lanzi de Santa Maria del Fiore y Santa Croce, destinado á ser el panteon de los grandes hombres italianos. En 1300 las rentas públicas de Florencia ascendían á trescientos mil florines, y los gastos á treinta y nueve mil ciento diez y nueve: de sus 150,000 habitantes, 10,000 iban á las escuelas, donde se enseñaba á leer y escribir, 1,200 á las de aritmética, 600 á las de gramática y lógica: en la ciudad había 110 iglesias, cincuenta y seis de ellas parroquiales, cinco abadías, dos prioratos con ochenta clérigos regulares, veinte y cuatro monasterios de mujeres con quinientas monjas, setecientos monjes pertenecientes á distintas órdenes, más de doscientos cincuenta capellanes, y treinta hospitales con mil camas. De ochenta á cien personas componían el consejo de los jueces, y seiscientos el de los notarios: había sesenta entre médicos y cirujanos, cien

droguistas, ciento cuarenta y seis maestros albañiles y carpinteros, quinientos zapateros, un sinnúmero de buhoneros con tiendas ambulantes y mil quinientos extranjeros. Doscientas fábricas de lana daban sesenta ú ochenta mil piezas de paño, cuyo valor era de un millon y medio de florines, y con una tercera parte de éstos se pagaban treinta mil operarios: la compañía de Calimala se componía de veinte mercaderes de paños extranjeros, que vendían diez mil piezas en trescientos mil florines: veinte y cuatro casas se dedicaban al comercio de bancos de giro: treinta años antes se ocupaban cien fábricas más en la elaboración de lanas, dando hasta cien mil piezas de paño, aunque más bastas y que salían á la mitad, no empleándose en ellas lanas de Inglaterra. Los alrededores de la ciudad estaban todos hermoeados, y «su aspecto era tan magnífico, que los extranjeros que venían de fuera, creían que las lujosas habitaciones y los suntuosos palacios que se elevaban en el radio de tres millas de Florencia, formaban parte de la misma ciudad, sin hablar de las casas, torres, patios y jardines murados que se extendían á mayor distancia, de suerte que, según se calculaba, había en el circuito de seis millas tantas ricas habitaciones como no hubieran podido contener dos Florencias juntas.» (21)

Batalla de Campaldino, 11 junio de 1289.—De vez en cuando los florentinos tomaban las armas para hacer prevalecer á la facción güelfa, ó mezclarse en las disensiones de las ciudades vecinas. A Arezzo se habían reducido los gibelinos de toda la Toscana, de suerte que la parte noble se había organizado bajo el obispo Guillermo de los Ubertini. Los güelfos de Florencia quisieron reprimirles, y habiendo toda la Toscana tomado partido por unos ó por otros, vinieron á las manos en Campaldino cerca de Bibiena. Era costumbre en las repúblicas italianas elegir en el momento del combate doce paladines que se lanzaban como avanzada perdida contra los enemigos al frente de la caballería, á la cual estimulaba su ejemplo. En esta ocasion el florentino Vieri de los Cierchi, aunque se hallaba enfermo, se designó á sí propio con su hijo, y no quiso nombrar á los demás: no se necesitó otra cosa para que todos á porfía tuvieran á honor contarse en este número; y en vez de doce campeones, se presentaron á trabar la batalla ciento cincuenta. Los florentinos triunfaron, aunque sin obtener por eso la paz (22).

(21) G. VILLANI, XI, 93.

(22) El obispo (de Arezzo) que era corto de vista, preguntó: ¿Qué muros son aquellos que se ven allí abajo? A lo que se le respondió: son los pavéses de los enemigos... «El señor baron del Mangiadori, de Saminiato, valiente caballero y de suma pericia en las armas, reunió á los soldados y les dijo: Señores, en las guerras de Toscana se vence comunmente cuando se atacaba con decision: duraban poco

En Pistoya los Blancos y los Negros, ramas de la misma familia güelfa de los Cancellieri, unos más nobles, otros más ricos, se habían empeñado en disputas y sangrientos combates. Un Negro asaltado por un Blanco, le cortó la mano; habiéndole enviado el padre del ofensor á los ofendidos para que le castigaran, éstos tuvieron la vileza de cortarle á su vez el puño sobre el pesebre de los caballos (1300). La sangre pidió sangre, y temerosos los florentinos de que en lo recio del tumulto se agregara una de las dos facciones á los gibelinos, intervinieron ordenando á los jefes de ambas que se presentaran en Florencia.

Los Blancos y los Negros.—Allí llevaron consigo el germen de las discordias civiles. Los Blancos fueron acogidos por los Cerchi, familia plebeya y tosca, que debía su prosperidad al negocio; al par que los Donoti, sus rivales, de costumbres belicosas y caballerescas, se declararon por los Negros y adoptando unos y otros los nombres de sus huéspedes, comenzó la lucha entre ellos con las vicisitudes de costumbre. En las casas vecinas, en los campos confinantes, en bailes, matrimonios, funerales, ocurrían frecuentes conflictos.

Cárlos de Valois.—Se representó el caso á Bonifacio VIII, «y las palabras falsamente dichas tocante á Florencia, fueron más peligrosas que las puntas de los hierros (DINO).» Con efecto, después de haber intentado vanamente el papa reconciliar á los adversarios, envió á Florencia á Cárlos de Valois, que se dirigía entonces á Sicilia, para ingerirse como pacificador en tales negocios; pero este príncipe quiso quitar á los ciudadanos derechos más preciosos que la paz (23); y como los Blancos

se habían inclinado al partido gibelino, se unió á los Negros, de quienes era la ventaja, y les permitió saquear durante cinco días las casas y las posesiones de sus enemigos, casarse con las herederas, incendiar los edificios, matar y desterrar á los principales ciudadanos del partido contrario. Entre ellos se contaban el historiador Dino Compagni, el filósofo y poeta Guido Cavalcanti, su amigo Dante Alighieri, quien en union de Petrarco de la Ancisa, padre de Petrarca, fué herido con una sentencia de destierro por el terrible podestá Cante de los Gabrielli.

Corso Donati.—Cárlos, «señor de grandes y desordenados gastos,» quería dinero; y después de hacer muchas exacciones, se dirigió á pedírsele al papa, quien le respondió: ¿No te he enviado á la fuente del oro? Y sin obtener otro resultado de su intervencion, más que el oro que estrajo, se marchó llevándose consigo las riquezas y las maldiciones de los toscanos (abril de 1302), y Corso Donati, jefe de los Negros, rodeado siempre de numerosa escolta, y sostenido por los grandes que esperaban ascender con él al poder, entró en la ciudad á los gritos de *viva el baron!* Libertó á los presos de Estado, espulsó á la señoría, y se alió con Ugucione de la Fagiola, temible jefe de los gibelinos de la Romaña. Concibió el pueblo sospechas contra él; y reuniéndose al son de las campanas (1307), pronto le citó á juicio y condenó en el término de dos horas, por contumacia, «como rebelde y traidor á su concejo, é inmediatamente salieron de la casa de los priores, el gonfalon de la justicia con el podestá, el capitan, el ejecutor y sus secuaces, seguidos de los gonfalones de las compañías, del pueblo armado, de partidas á caballo, dando grandes gritos para ir á las casas donde habitaba el señor Corso» (VILLANI). Este se parapetó, con la esperanza de que Ugucione, á quien había avisado, llegara á su socorro, pero padeciendo de la gota le era difícil defenderse; y detenido en su fuga se arrojó del caballo y murió. «Fué un caballero de gran valor y renombre; noble de raza y maneras; hermoso hasta en la ancianidad; amable, instruido, buen decidor, y concibiendo siempre grandes proyectos: frecuentando con familiaridad á los grandes señores y á la nobleza, era célebre en toda la Italia. Enemigo del pueblo y de los campesinos, amado de los mesnaderos, lleno de pensamientos maliciosos, perverso y astuto (DINO CAMPAGNI).»

Siena, Luca y Pistoya espermentaban las mismas agitaciones que sería demasiado largo contar. Cortona componía su concejo de cónsules, de la nobleza (*majores milites*), de los jefes de artes y oficios, de un camarlengo y un canceller; el consejo de la Cofradia estaba formado de veinte nobles, y el

y perecían pocos hombres, en atencion á que no había costumbre de matarlos. Al presente se ha cambiado de táctica, y uno es vencedor cuando se mantiene firme: por eso os aconsejo que no os mováis y que les dejéis comenzar el ataque. Esto es lo que resolvieron poner por obra. Los aretinos atacaron el campo tan vigorosamente y con tal fuerza, que el cuerpo de los florentinos retrocedió considerablemente. Ruda y encarnizada fué la batalla. Por un lado y otro se habían hecho nuevos caballeros. El señor Corso Donati cargó á los enemigos de flanco á la cabeza del escuadron de Pistoya. Llovian las flechas: tenían pocas los aretinos, y se veían acribillados por el lado en que estaban al descubierto. La atmósfera estaba cargada de nubes, el polvo estaba sumamente espeso. Los infantes aretinos se deslizaban por debajo del vientre de los caballos con el cuchillo en la mano y los despanzuraban. Sus campeones de ataque avanzaron de tal modo, que hubo muchos muertos por ambas partes en medio del campo de batalla. Aquel día muchos que eran reputados como de gran proeza se mostraron cobardes, y muchos de quienes no se hablaba ganaron renombre. El bailio del capitan adquirió grande honor, y quedó allí muerto.» DINO CAMPAGNI.

(23) «¡Oh, buen rey Luis, que tanto temes á Dios! ¿dónde está la fe de la real casa de Francia, caída por mal consejo hasta el punto de no temer la ignominia? ¡Oh, malos consejeros, que habeis hecho de un príncipe de la sangre de tan alta corona, no un soldado, sino un asesino, encarcelando malamente á los ciudadanos, faltando á la fe

y falseando el nombre de la real casa de Francia! Habiendo ido á su convento maese Ruggieri, adicto á dicha casa, le dijo: *Bajo de tí perece una noble ciudad: á lo cual respondió, que nada sabía.*» DINO CAMPAGNI.